

LA IMPORTANCIA DE UN PLENO

QUIZA no le disguste tanto al pueblo como supone el señor Tierno Galván ("Tengo la sospecha de que el pueblo se aparta cada vez más de esta Cámara") un debate parlamentario —el primero, fuera de los de usos y costumbres— apretado y dialéctico, en el que brotan las contradicciones del Gobierno, se acorrala a un ministro, se muestra la real minoría del grupo gobernante y se manifiestan sus ambigüedades, sus debilidades y hasta su torpeza de maniobras. Hay que tener mucho cuidado con no devaluar estas Cortes: no tenemos otras. No tenemos otro instrumento mejor y, dentro de su precariedad, dentro de los estrechísimos límites de la democracia que se nos permite, han podido funcionar en este momento de una manera bastante más interesante y bastante más coherente de lo que parece. Tampoco se puede menospreciar excesivamente la tozudez del Partido Socialista en llevar a fondo esta cuestión, que algunos califican de menor, o de incidental. Alguien ha criticado al PSOE porque no sabe suficientes matemáticas: es decir, porque no ha contado antes los votos y no ha advertido que nunca podría ganar su noción, que nunca podría forzar a dimitir al ministro del Interior, señor Martín Villa. De sobra sabía el PSOE esta fácil

matemática parlamentaria. Pero este tipo de debates —como las mociones de censura que se presentan continuamente en los Parlamentos europeos, sabiendo que no se van a ganar— tienen otra utilidad. El señor Martín Villa no dimitió, pero ya difícilmente podrá ser nunca más un ministro ambiguo, un ministro que pretende hacer algo, un ministro demócrata. Es el hombre que rodeó el Congreso de fuerzas públicas especialmente visibles y numerosas cuando iba a hablar de ellas en un Parlamento, con el pretexto de una protección; es el hombre que ha pronunciado el discurso más franquista de la "nueva democracia"; es el hombre que ha querido llevar el debate precisamente al tema de las Fuerzas del Orden cuando se trataba de un incidente concreto; el hombre que ha desviado la cuestión esencial de la inmunidad parlamentaria hasta el punto de poner en duda su carácter inmutable. Ya nadie podrá engañarse nunca con respecto al señor Martín Villa.

TODO ello, naturalmente, salpica y arrastra al Gobierno al que pertenece. Tampoco nadie podrá decir nunca más que se ha engañado con él. No ha creído nunca la vieja frase de que "cada pueblo tiene el Gobierno que me-

rece". He creído, más bien, que jamás ningún pueblo ha tenido el Gobierno que ha merecido, y menos aún España en los últimos años. Ni la más perfecta democracia ha conseguido nunca segregarse a los mejores, a los más aptos y a los más representativos, para gobernar. Sucede que hay una casta política, una clase política, y eso es todo. Se tiene el Gobierno que se puede. En estas circunstancias, el Gobierno del señor Suárez es un Gobierno posible, quizá el único Gobierno posible. Aclararé que no creo en sus virtudes intrínsecas, y que quizá hay muchos Suárez en el panorama político: lo que estimo, ahora, es que no hay otra manera posible de gobernar en estos momentos que la que está llevando a cabo el señor Suárez. Estamos condenados al Gobierno Suárez. Cuando el señor Carrillo señaló en su brillante intervención parlamentaria que el Gobierno no existiría si hubiera una unión de la oposición ("Si nos juntamos todos, el Gobierno sería derrotado hoy"), estaba enunciando una verdad doblemente dramática. Primero, porque es un Gobierno minoritario, de un partido sin más ideología que la de mantener el poder, resquebrajado y dudoso, endeble, que moriría y se disgregaría si tuviera que pasar a la



Hay que tener mucho cuidado con no devaluar estas Cortes: no tenemos otras.



Estamos condenados al Gobierno Suárez, pero éste está cada vez más condenado a gobernar aun en contra de su franquismo de origen y de sus entonaciones absolutistas.

oposición; y ya es un drama estar gobernado por un grupo así. Segundo, porque si la oposición no se "junta" es porque de ninguna manera quiere que el Gobierno se vea forzado a dimitir (que tampoco lo haría). Nadie quiere una crisis. El señor Carrillo sabe tantas matemáticas como el señor González, y sabe que su moción pidiendo un Gobierno de concentración no podía tener más que los 19 votos que obtuvo. Sabe aún más: que no es posible en estos momentos esa forma de Gobierno. Por qué utiliza esa táctica para su política parlamentaria, hasta el punto de mezclarla de una manera incongruente en el debate parlamentario sobre el caso de Jaime Blanco es para muchos un misterio. Lo cual no quiere decir que, en forma de hipótesis de trabajo, no sea eficaz para construir continuamente el andamiaje para desmontar la ambigüedad del Gobierno, como el PSOE ha utilizado el caso de Jaime Blanco. Pero lo más aparente es que la izquierda no quiere la crisis aquí y ahora, y no parece preparada a gobernar. La misma impresión está dando en Italia, y en el curioso suicidio de Francia.

EL Gobierno posible, el del señor Suárez —el de uno de los señores Suárez que los grupos dominantes del país tienen para esta situación, y mientras pueda convenirles— ha parecido extraño, por la intervención de uno de sus más agresivos representantes, el señor Pérez Llorca (representante de la UCD), de que el PSOE no haya llevado, en lugar de este "caso", temas más importantes al Parlamento: el paro, la agricultura, los precios, la enseñanza. Es indudable que el señor Pérez Llorca

sabe perfectamente que su partido y el Gobierno de él emanado (aunque sería más justo y más real decir que es el partido el que ha emanado del Gobierno, aunque la situación sea tan irregular y tan tosca que se olvida frecuentemente) que todo ese temario lo está apartando el Gobierno de las discusiones posibles: que está retrasando su entrada en los Plenos. Como, en general, que rehúye los Plenos, que busca los Decretos-Leyes, los trabajos en comisiones sigilosas. No es sólo el partido del poder el que esgrime este argumento. Organos de expresión ajenos al Gobierno, y muy críticos para él, asumen también la "trivialización" del Pleno ("... la opinión pública accede un punto atónita al espectáculo de una riña aparentemente menor entre el Gobierno y el partido mayoritario de la oposición, a cuenta de las agresiones presuntamente sufridas por un diputado socialista a manos de la Fuerza Pública". "He aquí una Cámara parlamentaria perdiendo el tiempo en formalismos cuando pelagra la vida económica del país". Editorial de "El País", 15 de septiembre). Es absolutamente cierto que la vida pública de España está pasando al lado de las Cortes, es una realidad que el drama —casi tragedia— de la vida económica y social del país están abandonadas: y no sólo ella, sino que se va deteriorando toda la vida nacional: la enseñanza, las profesiones, la calidad de la producción, la cultura, las relaciones humanas, sin que nadie esté tratando estos temas a fondo. No se está construyendo un Estado. No se está dando una filosofía al país, no se están atajando los problemas. Estamos en pleno malthusianismo de prohibiciones, limitaciones, coaccio-

nes y otras selectividades y "numerus clausus" que están impidiendo el desarrollo de un país que lo que tiene es exceso de vitalidad.

ESA vitalidad se está desbordando a la calle. Se está planteando en manifestaciones, en encierros, en huelgas, en protestas, en enfrentamientos con lo que se llama "el orden establecido", que en realidad es un no orden: es una incompetencia gubernamental para canalizar el país, y una negativa de los grandes círculos de poder a abrir el paso a la dinámica de la vida: ignorando que es la dinámica de la vida la que ha precipitado —más allá de las fuerzas políticas, de la muerte biológica del general Franco o de las expectativas internacionales— el perecimiento de una forma de régimen que no era apto para contenerla. Por eso es tan grave la política del señor Martín Villa —del señor Suárez— y la forma de plantear este debate sobre un determinado caso. Es grave su oportunista canto a las Fuerzas de Orden Público para tratar de convertir las verbalmente en defensoras de "su" orden, cuando lo que está haciendo en enfrentarlas con este desbordamiento de la política a la calle y tratando de darlas una imagen que no les corresponde. Ciertamente que la política no debe estar en la calle, y que es muy grave para un país este desbordamiento; cierto que debe ser esfuerzo de todos evitar que se manifieste así una voluntad de vida y de esperanzas, porque el diálogo entablado de esta manera es muy peligroso. Pero no es por la vía de la represión como se ha de evitar.

CULPAR de ello a las Cortes es peligroso y es injusto. Todos sabemos que estas Cortes han nacido como han podido, y no como han debido: todos estamos viendo cada día cómo el Gobierno trata de frenarlas, de limitarlas, de evitar que lleguen a ellas los grandes temas nacionales; cómo trata de evitar su responsabilidad y hasta de disminuir el valor de los representantes del pueblo, y el debate de la semana pasada ha sido muy significativo. Tan significativo, que el Gobierno ha tenido que comprender sobradamente que lo que algunos titulares han consagrado como su "victoria" no lo es en realidad. Estamos condenados al Gobierno Suárez: pero el Gobierno Suárez está cada vez más condenado a gobernar aun en contra de su franquismo de origen, y de sus tentaciones absolutistas. Todo ello ha quedado bien claro, y no se debería minimizar la importancia del Pleno y su alcance. ■